

Reconocimientos concurso “Bogotá en 100 palabras” IV edición

Vistas

Veo torres infinitas, ladrillos incontables, un museo dorado y una montaña con iglesia. Veo una serpiente roja que recorre la ciudad, llena de hormiguitas que van a trabajar. Veo mañanas amarillas, almuerzos azules y tardes rojas que recuerdan mi bandera. Veo las luces de cajas mágicas en todas las ventanas de mis vecinos encerrados. Veo cómo todos envidian las palomas porque pueden salir a volar.

Juan Sebastián Benavides, 10 años. Los Mártires

Besos aéreos

Mariana vive en el Lucero Alto y desde que se decretó la cuarentena, no hago más que subirme al tejado de la casa a ver si desde allí alcanzo a identificar la lucecita de su ventana titilando a lo lejos para mandarle unos cuantos besos por correo aéreo.

Danniel Bocanegra, 9 años. Kennedy

El nuevo profesor de inglés

"¿Sabías que el nuevo profesor de inglés del colegio es francés?", le dije un día a mi papá. "¿Ah sí? ¿Y cómo se llama?", dijo él. "Pick Andrew Ampleforth", le dije. "¿Y en qué parte de Francia nació?". "Hmm, no sé, creo que en Alemania". "Vaya vaya, ¿y cómo llegó hasta aquí?". "Pues creo que en avión". "Ah, ¿y qué les dijo?". "Nos dijo que a él le habían dicho que Bogotá era la ciudad del 'entre si quiere, salga si puede' y de las empanadas ('yo me gusta mucho empanada'). Bueno, no se puede negar que venía bien informado.

Susana Anduckia, 11 años. Suba

Mi Vida Entre Temblores

Mi familia y yo nos mudamos a la Av. Boyacá con esperanza, un apartamento en un quinto piso, esa misma noche, cuando me fui a dormir en mi nuevo cuarto, todo empezó a temblar, sentí que todo se movía, el miedo fue terrible, abrase a mi muñeco preferido, pensé que todo se destruiría, imagine que mis juguetes caerían de la cómoda, me levante de un brinco, corrí al cuarto de mis padres y les dije ¡terremoto! mi papa me abrazo y con voz tranquila, dijo: -Solo fue un camión pasando por la Boyacá.

Mariana Escobar, 10 años. Fontibón

La pequeña invasora Del Palacio Liévano

Una invasora notó la tranquilidad de Bogotá en cuarentena y, se fue al Palacio de Liévano con varias amigas. Cuando llegaron al Palacio, empezaron a trepar por las paredes y, se pusieron a tejer una gran telaraña. Una de ellas, tejió su banda como alcaldesa. Las otras, cazaron insectos para el banquete de posesión. Cierta día, entró una empleada del aseo, y empezó a limpiar las paredes con una escoba. La alcaldesa de ocho patas se lanzó enfurecida a la aseedora, y ella, respondió con un fumigazo de alcohol. Las otras, temerosas, huyeron, pensando que era un estornudo por COVID-19.

Samuel Jesús Castaño, 9 años. Kennedy

Jimena cambió todo

Jimena dice que los pájaros bobos se llaman así porque no ven las ventanas limpias y se golpean contra ellas. Jimena asegura que sobre un urapán del Parkway creció una orquídea. Jimena cuenta que un búho rayado visita el Parque Brasil en octubre. El otro día Jimena prometió venir a mi cumpleaños, pero se le olvidó. Por eso, ya no le creo a Jimena. Ya no paso empinado por el Parkway buscando sobre los árboles a quien saludar, ni me duermo escuchando búhos. Tampoco volví a evitar que mi mamá limpie las ventanas. Ahora creo que el bobo era yo.

Lucas Guarín, 14 años. Teusaquillo

El Quijote de San Cristóbal

Voy con esta aventura en el Dragón Rojo que tomé en el Portal del Norte, atravesando bosques de cemento y chozas de ladrillo mal terminadas. Un forastero del reino vecino, en la Avenida Jiménez, se acerca a mí pidiendo monedas de bronce. Sin conseguirlas, es capturado por guardias. Al final del camino, después del valle del Restrepo, diviso la aldea Usme, allí se levantan las mazmorras de la Picota, donde voy a ver a mi Dulcinea. A la altura del Sanatorio Federico Lleras vuelvo a encontrarme al forastero en libertad, quien por resentimiento, me deja sin vida de una estocada.

Juan Pablo Moisés Rodríguez, 17 años. Suba

Abismar

Sentada en mi ventana, me pregunto si a veces ocultos en los nevados hay volcanes.

Damaris Marcela Sánchez, 17 años. Santa Fe

Anécdotas de mi abuela

En el salón de clases la voz del profesor resuena con la trágica historia de Gaitán, mientras yo sólo me pregunto de qué color serían los zapatitos que compró aquel día mi abuela a pocas cuadras de la tragedia.

Maria Alejandra Molina, 16 años. Bosa

Silencio

Mi abuelo no decía mucho, no recuerdo ninguna conversación con él. Sin palabras, siempre en su sillón. De vez en cuándo lo encontraba en algún billar del centro o compartíamos el silencio mientras él tomaba tinto. Creo que mi abuelo me quería así, sin decir mucho y yo aprendí que ese silencio cómodo no se logra con cualquiera.

Gaby Sánchez, 15 años. Puente Aranda

Un teatro abierto

Casi todos los días me levanto entusiasmado. Mi padre trabaja como actor, realiza diversos espectáculos y maromas frente a cientos de personas a diario. Me pregunto por qué aún no lo veo en el periódico si él es grandioso. Hoy no es la excepción, desayuno un pan duro con un exquisito chocolate en agua y tomamos el primer bus que sale por la mañana, hacia una travesía con destino a la carrera trece en Chapinero. El escenario es muy grande y descubierto. Mi parte favorita es cuando pasamos recogiendo las monedas antes de que el semáforo cambie a verde.

Diego Rincón, 16 años. Kennedy

El contrapunto

Juana apoya un pie en el pino de aquí, una mano en el caucho de allá. Recibe el sol de mediodía en su vestido corto, mientras un pequeño paraguas hace de péndulo en su muñeca. Por la esquina, como surgida de la caravana de redobles, cruza la niña que carga el olvido en los labios. En un instante su risa nace y se desborda, mientras Juana, cautivada, la ve pasar. La atraviesan entonces el mar de las luciérnagas del sur, los hombros montañosos del mercado, las vidas en los ojos del anciano. Con el alma a medio llenar, Juana va.

Alfonso Conde, 37 años. Teusaquillo

Anillo de bodas

Sujetó con fuerza el anillo de matrimonio. Pensó en su esposa, sintió que quitárselo era como traicionarla, desprenderse de lo poco que, simbólicamente, los mantenía unidos. No había marcha atrás. La decisión ya estaba tomada. El anillo se resistió, pero al fin salió de su dedo –abultado por tantos años de matrimonio. Su acompañante, sin quitarle la mirada de encima, le dijo casi en el oído: «y el celular y la billetera también, pirobo».

Sergio Daniel Garcia, 31 años. Suba

La hidra roja

El monstruo rojo que nos devora todos los días contagia su eterna rutina. Escupe con fuerza diversidad de sujetos. Al mismo tiempo traga de todo; sin distinción. Aunque luego las diferencias se generen en su interior. Se detiene de vez en cuando (solamente lo programado). Repite el proceso. Es un animal con sistema digestivo incompleto. ¿Quién no le ha brindado sus bondades? A veces se retrasa, ¿o será su alimento? Desde adentro se vislumbra el paisaje citadino. El monstruo rojo refleja y cubre la blanca estrella que alumbraba los Andes que le sirve para existir. Nunca pudimos salir de esta.

Leidy Fernanda Suárez, 27 años. Suba

Quod erat demonstrandum

Un ovni se averió en Bogotá camino a la convención de comunicación intergaláctica. Su tripulación resolvió que lo mejor era tratar de mezclarse mientras arreglaban la nave. En su intento lograron conseguir los repuestos en el 7 de agosto, caminar por la Séptima, comer raspao en el Simón y llegar al Tunal, sin olvidarse de pasar por el Tintal y llegar hasta Colina. Cuando por fin arribaron a la convención, anunciaron que habían descubierto la clave de comunicación que podía abrir las puertas de cualquier mundo: la unión de las cuatro letras que conforman la palabra "veci".

Kathleen Arenas, 33 años. Engativá

Lo esencial

Cuando conseguí mi primer trabajo, mamá dijo: «ahora tú pagas la luz»; pagué medio recibo, fui a la Lerner y compré dos libros. Cuando me ascendieron, mi hermana dijo: «ahora viaja, conoce el mundo»; viajé poco, ahorré un poco, fui a Wilborada y compré más libros. Cuando conseguí un mejor empleo, papá dijo: «ahora compra casa»; arrendé una habitación en Teusaquillo, ahorré más y compré un librero. Hoy mi hermano dijo: «llevas años en ese empleo, ¿nunca piensas progresar?»; Yo pensé: «es cierto», y renuncié a mi trabajo. Voy a leer un poco, ya era hora de usar estos ahorros.

Estefanía Pardo, 25 años. Fontibón

No puedo conquistarla

Cada vez que viajaba a otro lugar, te extrañaba. Sólo pensaba en volver a verte, hasta que me di cuenta de que únicamente yo sentía algo. Eras demasiado fría y solamente yo soñaba con una oportunidad para estar siempre a tu lado. ¿Y quieres saber desde cuándo tengo este sentimiento clavado en mi pecho? Desde que tengo uso de razón, pero en ese entonces no tuve en cuenta nuestros 465 años de diferencia. Después de tanto tiempo me di cuenta de que era un amor imposible, y aún si no lo quiero, seguirás siendo el centro de mi vida.

Andrés Mauricio Pinto, 17 años. Suba

Tras unas oscuras gafas

Mi abuelo no ve el mundo como yo, sus ojos se escondieron tras unas gafas oscuras hace mucho tiempo. Cuando visitamos la plaza de Bolívar la describe llena de pequeños animalitos que revolotean alrededor suyo mientras escucha una sinfonía de voces que cantan para ganarse la vida, también dice que se siente como el rey de las palomas cuando al poner maíz en sus manos se acercan felices. Yo solo veo un lugar lleno de historia, grandes edificaciones y muchísima gente. Nadie como mi abuelo para enseñarme que Bogotá se puede ver con los ojos del corazón.

Laura Sofía Ramírez, 13 años. Suba

El secreto

Cuando salían con sus amos al parque cercano al portal de la 80 eran inquietos y juguetones. De repente notaron que algo cambió. Sus dueños no salían de casa, se notaban silenciosos y preocupados. Además, se sorprendieron porque estaban usando bozal. De inmediato convocaron a una reunión extraordinaria: El más joven preguntó: ¿Qué está pasando? - ¡El otro dijo: - ¡No sé! - El tercero dijo: - ¡Los tienen encerrados! - El mayor de todos dijo: y ¡les pusieron bozal! Lejos estaban los cuatro perros de esta familia bogotana de saber que la humanidad pasaba por una terrible Pandemia.

Nicolas Andrés Vargas, 11 años. Engativá

Encuentro

Recogió como siempre las flores caídas en la plaza de Paloquemao. Poco importaba que solo fueran algunos despojos agonizantes o los retazos olvidados de apegos clandestinos. De camino a la universidad ensayó su mejor sonrisa, se alisó los pliegues del pantalón y dijo varias veces la frase para que no se le olvidara: Feliz día de la mujer. No, esta vez no huyeron temerosas ante aquella figura descuidada de ojos melancólicos. Recibieron su ofrenda con la cordialidad que permite confundir la lástima con el agradecimiento... Ella tomó el crisantemo y siguió de largo sin haber reconocido a su padre.

Álvaro Lozano, 42 años. Usme